

LXXXIV.

La raíz salutífera recata
 Encubierta la Diosa en nube umbría,
 Llega, y en modo oculto el agua trata
 Que en limpísimos vasos puesta, hervía;
 Virtud comunicándola, desata
 El dictamo, y el zumo de ambrosía
 Que las fuerzas vivificó recrea,
 Esparce, y odorante panacea,

LXXXV.

Con esta linfa Yápix, que no sabe
 La merced de la Diosa recibida,
 Lava la llaga: al punto, pues, el grave
 Dolor huye del cuerpo; en la honda herida
 Restáñase la sangre; ya süave
 Tras la mano la flecha no traída
 Saliendo va; y el adalid doliente
 Todas sus fuerzas reintegrarse siente.

LXXXVI.

«¡Armadle, armadle, que lidiar desea!»
 Ante todos así Yápix inflama
 El turbado concurso á la pelea.
 «Y tú, ilustre caudillo,» luégo exclama,
 «No pienses que este triunfo humano sea;
 Mi arte, mi diestra nada obró: te llama
 Fuerza más alta, voluntad divina
 Que á mayores objetos te destina!»

LXXXVII.

Mas el héroe tardanzas no consiente:
 De acá y de allá á la pierna sobrelaza
 Las grebas de oro, él mismo; ase impaciente
 De la fulmínea lanza, la coraza
 Viste, toma el broquel resplandeciente;
 Y las armas tendiendo en torno, abraza
 Y fugaz por el yelmo besa al hijo:
 «De mí firme virtud, teson prolijo,

LXXXVIII.

«Quiero que aprendas; de dichosa suerte
 Otros,» le dice, «te darán lecciones.
 Hora vuelo en la lid á protegerte,
 Voy á guiarte á sus preciados dones:
 Cuando llegues á edad adulta y fuerte
 Recoge mis gloriosas tradiciones,
 Y de ellas memorioso, Ascanio mio,
 Sigue á Enéas tu padre, á Héctor tu tío!»

LXXXIX.

Dicho esto, por las puertas dilatadas
 Blandiendo el asta enorme, giganteo
 Arrójase adelante; sus pisadas
 Mnesteo sigue, síguelas Anteo.
 Hé aquí de los reales á oleadas
 Toda la turba desbordarse veo;
 En ciego polvo el ámbito se cierra,
 Y herida de los piés treme la tierra.

XC.

Turno en esta sazón desde un frontero
Alcor aquella nube ha visto; véla
El escuadrón de Ausonios; el guerrero
Ímpetu encogen, el pavor los hiela.
Fué entre todos Yuturna quien primero
Oyó el ruido, y lo entiende, y se hurta, y vuela
Medrosa. Arrastra el capitán troyano
Su negra hueste en el abierto llano.

XCI.

Cual, turbando los aires repentina
Tempestad, á la tierra nimbo aciago
Por medio de los mares se encamina;
A mieses y arboredos ¡cuánto estrago
Traerá! ¡cómo la plebe campesina
Tiembla de lejos el tremendo amago!
A anunciarlo en las playas, adelante
Los vientos van con soplo resonante:

XCII.

Tal aparece el adalid reteo;
A defenderse la asustada gente
Fórmase densa en ángulos. Timbreo
Al fuerte Osiris da mortal fendiente:
Derriba á Arcecio en el tropel Mnesteo,
Acátes á Epulon, Gias á Ufente;
Y cae allá Tolumnio, el agorero,
Que el dardo impío disparó primero.

XCIII.

Un grito de terror álzase al cielo,
Y á su turno los Rútulos á viva
Fuga se dan en polvoroso vuelo.
Enéas á la turba fugitiva
Muerte no da, ni áun contrapuesto telo
O pecho firme su ímpetu cautiva;
Entre la nube que la vista ofusca
A Turno solo anhela, á Turno busca.

XCIV.

Ve Yuturna el peligro, y atosiga
Su viril corazón fiera congoja:
Muda á Metisco va, de Turno auriga,
Le arranca, y lejos del timón le arroja;
Puesta ella en su lugar, el tiro instiga,
Y ondea á su placer la rienda floja:
En la voz, en las armas y el semblante
Osténtase á Metisco semeiante.

XCV.

Cual acude al castillo de opulento
Señor, y excelsos atrios la traviesa
Negruzca golondrina ronda, el viento
Hiriendo ufana con versátil priesa;
Partículas recoge de alimento
A gárrulos polluelos dulce presa;
Ya visita los pórticos vacíos,
Ya en torno trisca de los lagos fríos:

XCVI.

Así volando la marcial doncella
 Alanza entre enemiga muchedumbre
 Los caballos, y todo lo atropella
 De su carro veloz la pesadumbre:
 Ora en esta region, ora en aquélla,
 Muestra al hermano entre fulmínea lumbre;
 Mas asir la ocasion jamás le deja,
 Y siempre volteando huye y le aleja.

XCVII.

No ménos diligente las pisadas
 En largo giro el héroe le rastrea,
 Y en medio de las huestes destrozadas
 Con grande voz le llama á la pelea.
 Cuantas veces le hallaron sus miradas
 Y los halados potros ya en idea
 Alcanzaba, volando en pos, la ruta
 Tantas torció tambien la Ninfa astuta.

XCVIII.

¡Mísero' en golfo de agitados vientos
 Fluctúa en balde; hácia contrarios lados
 Le arrastran diferentes sentimientos.
 Contra él, en ese tiempo, reservados,
 Mesapo, listo siempre en movimientos,
 Llevaba en la siniestra dos ferrados
 Astiles: con certera puntería
 Uno de ellos blandiendo, allá lo envía.

XCIX.

Hincando una rodilla, con su escudo
 Enéas guarecióse: el asta empero
 Rehilando sobre el casco penachudo
 Voló las altas alas del plumero.
 Tener su indignacion él más no pudo,
 Salteado otra vez tan contra fuero,
 Al sentir que en revuelta fugitiva
 El carro volador su encuentro esquivá.

C.

Y el altar que violaron, por testigo
 Tomando de su fe desobligada,
 A Júpiter juró; y al enemigo
 Se precipita ya, con ciega espada
 A ejercitar sobre él comun castigo.
 Con favorable Marte ha entrado, y nada
 Perdona, y hace mortandad horrenda;
 ¡Ay! que da á sus furores larga rienda!

CI.

¿Cuál Dios ahora inspirará mi canto?
 ¿Quién me dará que recordar emprenda
 Tantos destrozos, y caudillo tanto
 Sacrificado en una y otra senda
 Por Enéas y Turno?... ¡Jove santo!
 ¿Y plugo que á tan áspera contienda
 Concurriesen naciones que algun dia
 Para siempre la paz unir debía?

CII.

Al Rútulo Sucron, al paso hallado
 (Fué esta pugna, aunque breve, la primera
 Que en sitio á combatir determinado
 Paró á los Teucros en su audaz carrera),
 La espada Enéas envasóle á un lado,
 Y allí por do la muerte es más ligera,
 Bien las costillas y del pecho pudo
 Pasar las tramas el acero crudo.

CIII.

En tanto á dos hermanos guerreadores,
 Ambos á pié (pues uno del trotero
 Cayera), inmola Turno á sus furoros:
 A Amico, que venía hácia él primero,
 Con larga lanza recibió; Dioces
 Espiró en pos al filo de su acero.
 Al carro ambos segados vultos cuelga,
 Y en llevarlos manando sangre, huelga.

CIV.

De un golpe Enéas á la Muerte envía
 A Tánais y á Talon y al gran Cetego,
 Y á Onite, el de habitual melancolía,
 Hirió despues, en su ira siempre ciego;
 Hijo era de Equion y Peridia.
 Turno otros dos hermanos postra luégo,
 Que de Licia vinieron, noble tierra,
 Y de apolíneos campos á la guerra.

CV

Rindió tambien al árcade Menédes:
 En vano el infelice, odiando á Marte,
 Al pecífero Lerna á echar sus redes
 Tranquilo acostumbróse: tal su arte;
 Allí su pobre choza; en las mercedes
 De los grandes jamás tocó parte;
 Mientras su padre, en ya provecos años,
 Cultivaba alquilados aldeaños.

CVI.

Como invaden de puntos diferentes
 La árida selva y lauros restallantes
 Voraces llamas; ó cual dos torrentes
 Que hacen destrozos, entre sí distantes,
 Y al mar desde las cumbres eminentes
 Arrebatan sus hondas espumantes,
 Así Enéas y Turno el campo talan
 Que corren, y en estragos lo señalan.

CVII.

Ya la interna pasion los espolea;
 Ya estallan sus invictos corazones;
 ¡Con toda el alma á la mortal pelea
 Vuelan ya!—De las glorias y blasones
 De sus antepasados alardea
 En medio de los fieros escuadrones
 Murrano: su ducal genealogía
 Por los latinos Reyes descendía.

CVIII.

Vióle Enéas; su furia vengativa
Comunica á un pedron que enorme alanza,
Y de cabeza al mísero derriba:
En las riendas envuelto so la lanza
Del carro, ya le aplasta fugitiva
La rueda; puesto el dueño en olvidanza,
Por cima sus indómitos caballos
Baten veloces los sonoros callos.

CIX.

Hilo feroz, verboso, amenazante
Entrara en lid: á su aureada frente
Poniéndosele Turno por delante
Asesta un dardo, que al cerebro, ardiente
Clavóse, bajo el yelmo relumbrante.
Caiste y tú, Creteo, el más valiente
De los Grayos; de Turno á libertarte
Tu diestra poderosa no fué parte.

CX.

Ni á tí tus propios Dioses al Troyano
Te supieron hurtar, Cupenco. ¡Ay triste!
Puesto el pecho á sus golpes, es en vano
El broquel acerado que le asiste.
Y tú tambien al laurentino llano,
Eolo ilustre, á sucumbir viniste;
Tambien debian estos arenales
Tus espaldas medir descomunales!

CXI.

Tú del triunfante Aquiles, tú del peso
De la argiva falange tan temida,
Luchando cual leal, saliste ileso;
¡Y aquí estaba la meta de tu vida!
Gran palacio tuviste allá en Lirneso,
Gran palacio gozaste bajo el Ida;
¡Y ya te reservaba tu destino
Un sepulcro en el campo laurentino!

CXII.

Latinos y dardanos campeones,
Mnesteo y el intrépido Seresto,
Y domador Mesapo de bridones,
Y Asílas, siempre en la refriega enhiesto,
Y las etruscas y árcades legiones,
Ya todos á encontrarse, en vuelo presto
Corren: batalla universal, suprema,
Se libra; cada cual su esfuerzo extrema,

CXIII.

No hay reposo, no hay vado: el choque dura
Igual de cada parte. En tal momento
A sugerir á Enéas se apresura
Su hermosísima madre un pensamiento:
Que á los muros acorra, le conjura,
Que lleve su escuadron sobre Laurento
De improviso, y con golpes repentinos
Ponga espanto mortal en los Latinos.

CXIV.

Después que sobre el campo en giro vario
Él ha echado solícita ojeada
Acá y allá buscando á su contrario,
Convierte á la ciudad fija mirada:
Inmune y en sosiego solitario
En presencia de lid tan ensañada,
La observa; y en imágen, de repente,
Mayor combate enardeció su mente.

CXV.

A Mnesteo al instante y á Sergesto,
Con quienes pártete de la hueste el mando,
Convoca, y al intrépido Seresto:
Ocupa una eminencia; de su bando,
Al verle, en torno de ella acude el resto:
Densos, picas y escudos no soltando,
Todos esperan que los labios abra,
Y oyóse así de lo alto su palabra:

CXVI.

«¡No haya, mi voluntad impedimento!
Aunque de pronto concebida empresa
Ménos listos no os halle; á Jove cuento
De nuestra parte. Hoy mismo, hoy mismo, si esa
Militar madriguera y regio asiento,
Que es nuestra la victoria no confiesa,
No admite el freno y rinde vasallaje,
Haré en su seno asolador ultraje;

CXVII.

»Hundiré en polvo el más altivo techo
Envuelto en llamas! ¿Quién tendrá por justo
Que el tornar, ya vencido, á campo estrecho,
Espere yo que á Turno venga en gusto?
No: ¡cumpla la ciudad el pacto hecho!
Nefando monumento, centro adusto
De la guerra ella ha sido: ¡sús! con teas
Lo que debe pidamos!» Habló Enéas.

CXVIII.

Ya, formándose en cúneo á la batalla,
Animosa la tropa se encamina.
Escalas de improviso en la muralla
Se ven, y el fuego la cabeza empina.
Quién á las puertas acudiendo, acalla
A los guardias con muerte repentina;
Quién, armas empuñando, trepa: al cielo
Tejen mil dardos tenebroso velo.

CXIX.

Hé aquí entre los primeros, extendiendo
La diestra Enéas á la faz del muro,
Increpa al rey Latino con tremendo
Clamor. Que vez segunda al trance duro
Le compelen los Ítalos, rompiendo
La nueva ley, y en su furor perjuro
Se revuelven contra él como enemigos,
Grita, y toma á los Dioses por testigos.

CXX.

Discordes entre sí los ciudadanos,
 Unos las puertas franquear querrian
 Y de paz recibir á los Troyanos,
 Y al muro al mismo Rey llevar porfían;
 Otros empero con armadas manos
 Al sitiador bizarros desafían.
 Así tal vez en cavernosa piedra
 Silvestre enjambre se guarece y medra;

CXXI.

Y así el pastor por despojarlo, llena
 De humo amargo el recinto, y las turbadas
 Hijas de la recóndita colmena
 Discurren por las céricas moradas:
 Rumor confuso por la roca suena,
 Bramando aguzan iras enconadas;
 El sofocante olor penetra, y sube
 Suelta en ondas al aire la hosca nube.

CXXII.

En tanto á los sitiados sobrevino
 Calamidad que alto estupor derrama
 Y el resto extingue del valor latino.
 Vió la Reina que al muro se encarama,
 Trayendo, el agresor, triunfal camino,
 Vió el acero á las puertas, vió la llama;
 Ni Rútulos allí, ni allí la hueste
 De Turno, que el asalto contrareste;

CXXIII.

Dando al jóven por muerto la mezquina,
 Sola causa del mal, única rea
 Proclámase; y gimiendo desatina
 Enajenada en su doliente idea;
 Desgárrase la veste purpurina,
 Lúgubre frenesí la aguijonea,
 A yerta viga ató ominoso nudo,
 Y fué aquello un morir fiero y saúdo,

CXXIV.

Hiere á las damas la nefasta nueva:
 Mesándose Lavinia los floridos
 Cabellos, las airadas manos ceba
 En las róseas mejillas: con gemidos
 Responde su cortejo; el eco lleva
 Por las amplias mansiones los plañidos;
 Y ya por la ciudad su vuelo explaya
 El rumor, y los ánimos desmaya.

CXXV.

En polvo vil la blanca cabellera
 Mancha, rasga su veste el Rey anciano,
 Vaga sin rumbo, y viendo desespera
 De una infeliz consorte el fin insano
 Y la ruina de un pueblo! Que no hubiera
 Llamado en tiempo al adalid troyano
 Al reino, acreditándole por yerno,
 Mucho se culpa con lenguaje interno.

CXXVI.

Turno batallador allá en lejano
 Límite en tanto, cada vez más lento,
 Méenos y méenos cada vez ufano
 Del de sus potros decadente aliento,
 A pocos, áun dispersos en el llano,
 Ensayá perseguir. El vago viento
 Ya hácia aquella región lleva á oleadas
 Extraño són de voces apagadas.

CXXVII.

Aguzando el mancebo los oídos
 Fatídico clamor distinto siente,
 Oye de la ciudad los alaridos.
 «¡Ay de mí! ¿Qué gran duelo está presente
 A los muros? ¿Qué fúnebres sonidos
 De tan diverso punto la corriente
 Del aire arrastra?» Dice, y de la brida
 Tira atónito, y pára la corrida.

CXXVIII.

Sagaz la Ninfa que usurpó el semblante
 Del auriga Metisco, y los trotones
 Y carro y riendas guía, en ese instante
 Al hermano anticipase, y razones
 Tales vierte: «Sigamos adelante,
 ¡Oh Turno! y á enemigo no perdonés;
 ¡Adelante sigamos! La Victoria
 Abrió esta senda y nos anuncia gloria.

CXXIX.

»Los muros defender, á otros compete.
 ¿Y tú, cuando á los Italos Enéas
 En reñido conflicto compromete,
 Contra los Teucros tu poder no empleas?
 ¡Animo! á los que restan acomete,
 Y á fe que ni inferior salir te veas
 En número, ni en lauros méenos rica
 La diestra ostentarás!» Turno replica:

CXXX.

«¡Oh! ¡tu influjo en mi bien jamás reposa!
 Sentilo ya en el campo, hermana mía,
 Del punto en que el tratado poderosa
 Fuiste á romper usando de arteria;
 Y ahora mismo vanamente, oh Diosa,
 Encubres tu beldad. Mas ¿quién te envía,
 Quién, dime, de la sedes celestiales
 Tanto mal á palpar y horrores tales?

CXXXI.

»¿Mirar querrás los míseros despojos
 De tu hermano?... ¿Y qué espero? ¿Cuál reparo
 Me ofrece la fortuna? Por mis ojos
 Ví á Murrano caer: otro más caro
 Amigo no me queda: oí sus flojos
 Acentos, tarde ya, pedirme amparo;
 Yo le he visto ¡ay dolor! rendir la vida,
 Ingente él mismo y bajo ingente herida.

CXXXII.

»Por no mirar nuestro baldon inulto
 Presa en miembros y en armas cayó Ufente,
 ¿Y hora entregados á feroz tumulto
 Nuestros hogares sufriré paciente?
 ¡Ah! ¿nos faltaba este postrero insulto!
 ¿Y á la furia de Dránces maldiciente
 No podré contestar con mis hazañas?
 ¿Espaldas volveré? ¿Y estas campañas

CXXXIII.

»Contemplan á Turno fugitivo?
 ¡Qué! ¿el morir es odioso á tanto grado?
 Si de supernos Dioses no recibo
 Ni piedad ni justicia, con agrado
 Mi ruego, ¡oh Manes! acoged votivo:
 No indigno de altos padres, consagrado
 Mi espíritu descende á vuestro limen,
 Puro, sí, puro de afrentoso crimen!»

CXXXIV.

No bien en estas voces prorumpiera
 Cuando venir vió á Sáces, ve su boca
 Que reciente flechazo dilacera:
 Su espumante bridon, que apénas toca
 El campo hostil, lo rompe hilera á hilera;
 Mas él desaforado á Turno invoca:
 «¡Turno, última esperanza en nuestros males,
 Habe ya compasion de tus parciales!

CXXXV.

»Rayos á los alcázares fulmina
 Enéas con su ejército, y amaga
 Al poder de los Ítalos ruina;
 Sobre los techos el incendio vaga.
 En tí pone sus ojos la latina
 Gente, á tí vuelve su clamor. Qué haga
 No sabe el Rey, y en su ánima medita
 Cuál yerno adopte, qué alianza admita.

CXXXVI.

»A la Reina, por tí tan decidida,
 A caso extremo sus terrores mueven;
 ¡Ay! ¡por su mano se quitó la vida!
 Bajo las puertas á arrostrar se atreven
 Sólo Atina y Mesapo la embestida.
 De un lado y otro los contrarios llueven.
 Tantas puntas esgrime la enemiga
 Hueste, que miés ferrada el campo espiga.

CXXXVII.

»¡Y á este tiempo en el más remoto prado
 Turno su carro vagaroso guía!»...
 Guardó torvo silencio el increpado,
 Y en el pecho le hierven á porfía,
 Con tantos contratiempos alterado,
 Ya del herido amor la frenesía,
 Ya el probado valor de su pujanza,
 Fuego de pundonor, voz de venganza.

CXXXVIII.

Así que á los destellos renacientes
De la razon, la nube se retira
Que le envolvió en horrenda noche, ardientes
Los globos de sus ojos rueda, y mira
Con demudada faz los eminentes
Muros desde su carro. En roja espira
Ve el fuego que tablajes señorea
Y al cielo enderezado libre ondea.

CXXXIX.

Turno mismo, de sólida madera,
Con altos puentes guarnecida, alzara
Trabada torre; de ella se apodera
Aquel voraz turbion. «Hermana cara!
¿Ves, ves,» clama el cuitado, «que do quiera
El hado nos arrolla? Me pesara
Que en cerrarme insistieses el camino
Que un Dios señala y mi cruel destino!

CXL.

»¡Allá! no más tardanzas! ¡Mano á mano
Lucharé con Enéas! ¡Con la muerte
Cuanto hay de acerbo á padecer me allano!
¡Trocar déjame en gloria este ocio inerte,
Y arder, miéntras aliente, en fuego insano!
Dice, y salta veloz del carro, y fuerte
Entre hombres y armas por el campo embiste,
A Yuturna dejando muda y triste.

CXXLI.

Cual rueda enorme montaraz fragmento,
Ya recia lluvia ó huracan lo bata,
O sea ya que el no sentido y lento
Trabajar de los años lo desata;
Impetuosa desde su alto asiento
Al abismo la mole se arrebatá,
Y en los saltos que da desmesurados
Arboles vuelca y hombres y ganados:

CXXLII.

Turno, echándose así del carro afuera,
Rompe los escuadrones, los divide,
Y por entre ellos en veloz carrera
De la magna ciudad los muros pide.
Allá en sangre empapado ve doquiera
El suelo, y ve que el aire todo estride
Con dardos borrascoso. Hizó señales
Su mano, y él lanzó clamores tales:

CXXLIII.

«Paso, oh Rútulos, dad al paladino!
¡Y vos cesad en la marcial porfía,
Valientes del ejército latino!
Dejadme el campo; la aventura es mia.
Por vosotros lidiar es mi destino;
Mi ánima sola por el pueblo expía
El sellado concierto.» La amenaza
Todos paran al punto, y danle plaza.

CXLIV.

Aun bien Enéas de sentir no acaba
 Aquel nombre de Turno, se apareja
 Al singular combate, toda traba
 Rompe impaciente, y de las obras ceja
 Del fiero asalto que á los muros daba
 Déjalos ya, las altas torres deja,
 Y descende saltando de alegría,
 Truenan sus armas y el espanto cria.

CXLV.

Cual Atos ó cual Érice aparece,
 Ó del padre Apenino á semejanza,
 Que sus tersas encinas estremece,
 Y de la nivea cúspide que lanza
 A la region del rayo, se envanece.
 Movidos de tan súbita mudanza
 Allá Rútulos miran y Troyanos
 Y todos á una vez los Italianos.

CXLVI.

Los que ocupaban el adarve enhiesto
 Como aquellos que al pié de la muralla
 Batian, de sus hombros han depuesto
 Las armas, y uno y otro campo calla.
 Latino mismo en asombrado gesto
 Mira que al fin á singular batalla
 Fortísimos concurren, de regiones
 Tan diversas, aquellos dos varones.

CXLVII.

Corriendo ellos al campo que la guerra
 Suspensa abre á sus ímpetus, distantes
 Arrójanse las lanzas; luégo cierra
 Uno y otro adalid, con los sonantes
 Escudos de metal. Gime la tierra;
 Golpes dan y redoblan las tajantes
 Espadas; y de un lado y de otro, á una
 Asisten el esfuerzo y la fortuna.

CXLVIII.

Como en el vasto Sila ó gran Taburno,
 Marchando á combatir dos toros fieros,
 Aquél á éste, éste á aquél hiere á su turno;
 Retíranse medrosos los vaqueros;
 El rebaño contempla taciturno;
 Cuál se alce de los dos con régios fueros
 Sobre el ható en los campos y en la sierras,
 No saben pensativas las becerras;

CXLIX.

Ellos, en tanto, con vigor tremendo
 Cuernos traban y heridas menudean,
 Sus cuellos y sus brazos envolviendo
 Los arroyos de sangre que chorrean;
 Repite el ancho bosque el sordo estruendo;
 Chocando los broqueles tal pelean
 El troyano y el daunio combatiente;
 E hinche los aires el fragor creciente.

CL.

Dos balanzas en fiel Júpiter tiene,
Y de ambos héroes los diversos hados
Poniendo, aguarda á ver á quién condene
El lance extremo, y cuál de aquellos lados
Con peso agobiador la Muerte llene.
Sin temer de su ardor los resultados,
Turno entónces alzó su espada larga,
Todo el cuerpo esforzando, y la descarga.

CLI.

Irguiéndose ambos campos á la hora
Prorumpen en confusa vocería.
Quebróse en medio al golpe la traidora
Hoja, y abandonado Turno habia
Finado allí, si á fuga voladora
No acude. Más ligero se desvía
Que alado viento, cuando el cabo asido
Desconoció, y su diestra inerme vido.

CLII.

Fama es que ya, cuando de pronto uncidos
Los caballos, á lid montó ligero,
Tomó, en su afan turbados los sentidos,
El de su auriga, y no el paterno acero:
A los Teucros, con él, despavoridos
Pudo acosar gran tiempo; ahora, empero
Hierro mortal, cual hielo quebradizo,
Dando en armas divinas, se deshizo.

CLIII.

Brillan los trozos en la roja arena.
Él entretanto huye y se retira
A otra parte del campo; le enajena
El terror, y en inciertas vueltas gira:
Denso cordon que su esperanza enfrena
Formar doquiera á los Troyanos mira;
Allá el paso le impide ancho pantano,
Acá el cerco mural limita el llano.

CLIV.

Enéas el alcance no descuida,
Y aunque á tiempos retarda dolorosa
Sus rodillas aún la fresca herida,
Al que temblando va férvido acosa
Pié con pié. Tal hallarse sin salida
Suele un ciervo infeliz; corriente undosa
Acá le ataja, allá le pone miedo
De plumas de color pérfido ruedo;

CLV.

Y así umbrino ventor pieza levanta,
En pos labrando en rápida carrera;
Hace y deshace el triste, á quien espanta
El rojo valladar, la alta ribera,
Círculos mil con voladora planta:
Insta el fiero sabueso; se dijera
Que con los dientes vencedor le toca,
Y aún muerde en vago su burlada boca.

CLVI.

Alzóse en esto un gran clamor, que llega
 Confuso al cielo, y de él retumba herida
 La laguna, cuan ancha el campo anega.
 Rabioso Turno, sin templar la huida,
 A los Rútulos clama, nombra, ruega
 Que la espada le traigan conocida.
 Enéas, á su vez, muerte inminente
 A aquel intima que mediar intente;

CLVII.

Y á todos aterrapdo los conmina
 Con asolar los muros; y aunque herido,
 No desiste: corriendo á la contina
 Cinco órbitas agota en un sentido,
 Cinco en opuesta direccion camina;
 Que no es, á fe, lo en lid comprometido
 Circense premio ni trivial presea,
 Por la sangre de Turno se pelea!

CLVIII.

Viejo acebuche allí se alzaba un día
 Con sus amargas hojas: el marino
 El firme leño venerar solía,
 Que á Fauno estaba dedicado; y vino
 Muchas veces en él su ofrenda pia
 A colocar, y, al Númen laurentino
 Cumpliendo el voto, á la sagrada copa
 Náufrago suspendió la húmida ropa.

CLIX.

Este árbol divinal, sin miramiento,
 Por despejar el campo al desafío,
 Cortaron los Troyanos de su asiento.
 En la raíz fibrosa que el vacío
 Sitio guardaba, atravesando el viento
 Cae y se enclava con pujante brío
 El asta del Dardanio. Echó él su lanza,
 Ya que á hacer presa por sus piés no alcanza.

CLX.

Y el tiro á segundar corre, y porfía
 La punta en desasir que honda se aferra.
 Entónces Turno esta plegaria envía
 Ante el peligro que su mente aterra:
 «¡Duélete, oh Fauno, de la suerte mia,
 Y tú esa arma retén, óptima Tierra,
 Si fiel siempre os rendí el antiguo culto
 Que el Troyano abatió con fiero insulto!»

CLXI.

Fácil el Númen al favor se inclina.
 Pugnó Enéas gran pieza, y fuerza ó traza
 Útil no halló; que la raíz divina
 El hierro aprieta cual mordaz tenaza.
 Mientras él en vencerla insta y se obstina,
 Otra vez de Metisco se disfraza
 La daunia Diosa, y al hermano llega,
 Y el acero vulcánico le entrega.

CLXII.

Ardiendo Vénus de que á tales grados
Llegase de la Ninfa la osadía,
Acude, y de los senos intrincados
La pica destrabó que áun resistía.
En sus armas y fuerzas reintegrados,
Uno en su espada, el otro en su asta fia,
Y á la lid anhelosa y furibunda
Avánzanse arrogantes vez segunda.

CLXIII.

Ved al Rey del Olimpo omnipotente
Cómo habla en tanto á Juno, que atendía
Sentada en una nube refulgente
Al singular combate: «¡Esposa mía!
¿Que haya fin esta guerra, no consiente
Tu pecho? ¿Ya qué falta? Al cielo un día
Se alzaré Enéas como sér divino
Que debe á las estrellas el Destino.

CLXIV.

»Harto lo sabes, ¿y áun tu mente espera?
¿Y ahí en gélidas nubes áun te agrada
Nuevos planes trazar? ¿Justo es que hiera
A un cuerpo sacro arma mortal? ¿que espada
Recobre Turno, y fuerza extraña adquiera
Ya á punto de rendirse? A tanto osada
Sin tí una débil Ninfa ser no puede.
Tu error conoce, y á mis ruegos cede!

CLXV.

»Llegamos ya al final. En mar, en tierra
A los Troyanos agitar pudiste,
Te fué dado mover infanda guerra,
Y alta casa afligir, y en duelo triste
Envolver régia boda. El paso hoy cierra
Mi mano á nuevas cóleras;—desiste!»
Esto Júpiter dijo; reverente
Juno así respondió, baja la frente:

CLXVI.

«¡Ah! bien conozco, real esposo mío,
Tu Augusta voluntad: á ella me entrego,
Y de Turno y del suelo me desvío.
Sin eso, no en cruel desasosiego
Aquí me hallaras en el éter frío
Sufriendo solitaria: armada en fuego,
En medio del combate, las hileras
Del enemigo provocar me vieras!

CLXVII.

»Yo á Yuturna, es verdad, di aliento y mano
Para salvar á Turno de inminente
Golpe; no ya para que el arco insano
Tendiese. Te lo juro por la fuente
Inaplacable del Estigio hermano
(Rito, único entre todos, que imponente
A los Dioses obliga). Y ahora cejo,
Y fatigada asaz las guerras dejo.